
Editorial

El plan de contingencia impuesto por el gobierno del D.D.F. y que obliga a los automovilistas a prescindir de sus vehículos hasta tres días a la semana, por desgracia ha probado ser insuficiente para tan siquiera abatir la contaminación del aire que afecta a la Ciudad de México.

Este aire viciado que acabará con la salud de muchos y posiblemente con la vida de bastantes, ha encontrado caminos para invadir a otras ciudades cercanas al D.F., como Cuernavaca, Yecapixtla y Cuautla, y de no ser controlado quizás se desplace aún más lejos.

Todos estamos preocupados, muchos pensamos en abandonar la ciudad, pocos con la posibilidad de hacerlo. Durante siglos la actividad económica, cultural y de servicios se concentró en la capital del país y hacia acá se vinieron cientos de miles de compatriotas de la provincia buscando fama, fortuna o por lo menos trabajo.

Ahora todos somos chilangos y no tenemos a donde ir y nos sentimos impotentes para salvar nuestra ciudad. En esto como en muchas otras cosas pensamos que es el gobierno quien debe buscar la solución y creemos que nosotros nada podemos hacer.

Y si que podemos. Debemos crear conciencia de la gravedad del problema y unir nuestros esfuerzos para presionar políticamente a quienes pueden imponer medidas que eviten que la contaminación sea cada día mayor. Cualquier acción que tomemos debe considerar el problema o sea, nada de manifestaciones que entorpezcan el tráfico y hagan mayor la contaminación.

Podemos exigir que no circulen más los camiones que contaminan, crear grupos ecologistas que los detengan y hacer que el gobierno los obligue a arreglar sus motores. Tenemos que imaginar otras muchas acciones porque ya no podemos esperar más.

Esto es cuestión de supervivencia. 